



AVISO LEGAL

Artículo: Consideraciones sobre el fin de la historia y la modernización de América Latina

Autor: Miranda Pacheco, Mario

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 2, año VIII, núm. 44 (marzo-abril de 1994), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Miranda, M. (1994). Consideraciones sobre el fin de la historia y la modernización de América Latina. *Cuadernos Americanos*, 2(44), 188-201.

<https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1994 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México, México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

CONSIDERACIONES SOBRE EL FIN DE LA HISTORIA Y LA MODERNIZACIÓN DE AMÉRICA LATINA

Por *Mario MIRANDA PACHECO*
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

PARA SORPRESA DE TODOS, puede suponerse que el pasado ha afianzado su porvenir. En estos tiempos de frenesí modernizador, viejas estructuras y relaciones moldeadas en siglos de dominación toman formas nuevas, diseñadas para un premeditado futuro sin historia. El colonialismo y el subdesarrollo, la dependencia y el atraso, abigarradas redefiniciones del espacio nacional, fundamentalismos diversos, la frecuente ilegalidad internacional de las grandes potencias, etc., son herencias remozadas del pretérito en que está anclado el "orden" inequitativo del mundo histórico.

Con un optimismo más aparente que real, se piensa que tal estado de cosas podría modificarse, particularmente ahora que vivimos envueltos en una estrategia global de modernización, estipulada por las metrópolis. Sin embargo, los resultados que se observan en América Latina son poco halagüeños. Esa estrategia no es indiferente a la concurrencia de dos cuestiones contradictorias: la idea del "fin de la historia", o "era posthistórica" a la que habrían llegado los países centrales, y el apremio de modernización en los países atrasados. En la ensambladura de ambas cuestiones yace una paradoja, cuyo sentido motiva en este trabajo algunas consideraciones sobre la idea del fin de la historia y los usos que se le ha dado en el contexto de modernización del mundo dependiente.

I

QUIENES se ocupan de revelar el futuro inmediato de nuestra época no tienen duda de sus predicciones; están convencidos de que el mundo será como ellos lo pintan y describen; para unos, será un mundo abierto, con oportunidades para todos y estará movido sólo

por las leyes del mercado, sin ideologías contrapuestas, exento de guerras y revoluciones; para otros será un mundo escaso en bienes, dominado por las desigualdades de la riqueza o el poder, atorado en la injusticia y la violencia. Estas visiones distintas del futuro reflejan estados de ánimo que prevalecen en este tiempo pleno de desasosiego y avaro en esperanzas.

El deseo de predecir el curso de la historia no es nuevo. Tiene una tradición milenaria y en ella destaca la preocupación por revelar o anticipar caídas y crisis colectivas, o anunciar composiciones imaginarias y felices de tiempos y lugares que vendrán o se fundarán. A ese afán predictivo del curso de la historia, los antiguos le llamaron *mantiké*, mántica, o arte de la adivinación. Cicerón se refería a este arte como a una necesidad de las naciones cultas o bárbaras, que les impelía a creer que el futuro podía ser revelado.

En su diferencia con los adivinos del pasado, administradores de mitos, ritos y conjeturas ingenuas, los profetas de nuestro tiempo fundan su actividad en un examen sofisticado de múltiples datos y tendencias históricas dominantes. Asistidos de la informática y de complejos instrumentos de análisis, diseñan "escenarios" diversos para el futuro de la sociedad, o representaciones de una visión histórica del futuro. La idea del fin de la historia, no obstante su semejanza con esta clase de representaciones, es ajena a la metodología en que ellas se fundan. Por ello esta idea es sólo una idea, una construcción intelectual, sostenida en una intuición de tipo volitivo y no en el examen racional de datos y tendencias dominantes del acontecer histórico. En el supuesto de que hicieran ese examen y por lo que significa el análisis prospectivo, sus propugnadores ratificarían la continuidad de la historia antes que su extinción o finitismo.

Un ejemplo significativo de "pronóstico moderno", orientado hacia la representación de un escenario futuro o de futuro historizado, es el famoso informe sobre "los límites del crecimiento", publicado en 1972. Mencionar este documento no induce ni obliga a su comparación con lo que se ha escrito acerca del fin de la historia. No sería pertinente parangonar un estudio prospectivo con una idea intuitiva, con una construcción intelectual; sin embargo, el protagonismo que tendrán los países avanzados en el escenario del siglo XXI y el poder de su tecnología, dos previsiones del Club de Roma, son aspectos que se relacionan en cierta forma con el tema de este trabajo.

La idea del fin de la historia está asociada al deseo de poner límites al acontecer cotidiano, no sólo como rebelión de los humildes

para librarse de sus cargas excesivas, sino también como un ardid de los poderosos para simular, en circunstancias determinadas, las condiciones en que se desarrolla la historia real. A mi juicio, esto último explica la difusión que ha tenido en años recientes la idea del "fin de la historia", cuyo sentido está sutilmente vinculado al propósito de remodelar viejas formas de dominación en la convivencia internacional. Si se piensa con rigor, deberían ser nuestros pueblos los que se empeñen en el cese de una historia ominosa y no quienes piensan que ésta ha sido, para ellos, un halago de los tiempos.

Por razones de orden, será conveniente referirse a algunos antecedentes "modernos" de la novedad actual del tema. En el siglo pasado, la Revolución Francesa, los cañones de Napoleón, el derrumbe del mundo germánico y la instauración del Estado moderno en los países europeos, fueron los indicios que Hegel tuvo a la mano para suponer el "tiempo absoluto" de su época y declarar, después de la batalla de Jena (1806), que la historia había terminado. Esa suposición, invalidada por casi dos siglos de sobrecarga histórica, caracterizados por la expansión del capitalismo y del proceso de modernización en los cinco continentes, el triunfo y eclipse de la revolución socialista y el desarrollo de dos guerras mundiales, se actualiza ahora, en los umbrales del siguiente milenio, con nuevos indicios que tienen cierta semejanza con los de 1806. El poder atómico metropolitano, el derrumbe del mundo socialista y la universalización de la democracia neoliberal, son hechos actuales que, en ciertos círculos de opinión conservadora, inducen no sólo a pronosticar otro "fin de la historia", sino a asegurar que en los países avanzados, o metropolitanos, ha terminado esta asombrosa aventura del ser humano.

En las últimas décadas, varios escritores y filósofos retomaron como antecedente la suposición hegeliana, fundada en el desenlace de la batalla de Jena. Los trabajos de R.K. Maurer (1965), R.C. Tucker (1968), Henri Lefebvre (1970), Kostas Axelos (1980), representan aportaciones significativas en la elaboración de un discurso que, en los últimos años, ha aumentado su fuerza ideológica con la publicación de un artículo de Francis Fukuyama (1989), ampliamente divulgado tanto por conocidos organismos informativos de la cultura dominante de Estados Unidos, como por la prensa conservadora de los países avanzados y por la John M. Olin Foundation, institución interesada en que las ciencias sociales sean menos científicas y en que la historia termine ahora, bajo el signo de la unipolaridad. En esa perspectiva, se seleccionan nuevos indicios del fin

de la historia para suscribir su acta de defunción y esta vez desde la posmodernidad, era en que se inicia la sedicente "sociedad post-industrial".

¿En qué consiste la idea posmoderna del "fin de la historia"? Al margen de las escatologías y milenarismos o quiliasmos que se conocen, esta idea conserva su estatuto indiciario y conjetural de 1806. Por su forma, es una construcción intelectual, una ucronía o disposición imaginaria de los acontecimientos (en el sentido que Renouvier le dio a este término), diseñada para el advenimiento de la sociedad postindustrial. Sin embargo, los hechos a que se recurre para deducir el fin de la historia se producen precisamente para que la historia siga su curso. Los alcances de esta idea y su valor epistemológico son los de una suposición, o deducción falsa, y no tienen otra consecuencia que traducir la subjetividad de quienes desean que los indicios o supuestos se conviertan en evidencia. Por ello, su presentación se ajusta al diseño de la historia como una ucronía, o como espectáculo (Debord 1990), o como un simulacro (Baudrillard 1987) de lo que ocurre ahora y podría ocurrir mañana.

Con marcado desdén por la historia real del presente, o con ignorancia deliberada de lo que Hegel llamó "historia original" o inmediata, la que transcurre ante nuestros ojos, los propugnadores de la idea finitista de la historia cierran la carpeta homologando el fin de la historia con el fin de la modernidad. Esta homologación, para las tareas de quien, en términos de Croce, estudia "el más riguroso y actual presente", o sea los cambios mundiales de esta época, equivale a un ardid o escape ante la avalancha de los hechos que obligan a ser testigos, actores o víctimas de un acontecer que no cesa de acosarnos con su sólo transcurrir. En tal situación, el escape es ciertamente especulativo; la evasión no puede proseguir fuera de la historia, ni en el día de un calendario prolijamente calculado, sino ahora, junto a los hechos modernos o posmodernos que se producen cada día. Ante la inviabilidad de la evasión, recurrir a la idea del fin de la historia representa un ardid, una astucia discursiva con que se pretende simular las modalidades que ha asumido el curso de la historia actual, al margen de una idea o conjetura que no puede probar su evidencia.

Para los seguidores de Fukuyama, el derrumbe del socialismo "real", el desenlace de la guerra fría, el triunfo de la economía de mercado, la expansión de la cultura consumista y la "superioridad tecnológica de Occidente" no son indicios, sino "los hechos" con que termina la historia. En esta abreviación del acontecer histórico

no se ha visto que el potenciamiento de conflictos sociales y étnicos, la expansión de la miseria extrema, la destrucción del medio ambiente, el crecimiento de las manchas urbanas, el fantasma del hambre y tantos otros fenómenos de orden mundial son la contraparte dramáticamente histórica de "los hechos".

Con esa óptica, los portavoces del fin de la historia recurren a la comparación de la economía de mercado con las economías planificadas y centralizadas; anulan la viabilidad de estas últimas y proclaman que en ese futuro sin historia será posible sólo la economía "libre", controlada por las grandes corporaciones. De ello deducen la derrota de los Estados ideologizados y el triunfo del pragmatismo sobre la utopía, olvidando que Estados Unidos, arquetipo de la economía de mercado, es el Estado más ideologizado de la época actual y la utopía consumista por antonomasia. La comparación les sirve como expediente para deducir que la historia llega a su fin con la acumulación de riqueza y poder en una "sociedad regulada" por el "totalitarismo corporativo", entendido como "un gran movimiento hacia la destrucción de la democracia" y "que es peor que cualquier forma de totalitarismo político" (Chomsky 1993).

Los heraldos del fin de la historia llegan al éxtasis cuando hablan de "la derrota intelectual del marxismo" y de "la victoria estrepitosa de la democracia occidental", como "pruebas" inapelables de que "la humanidad ha llegado al punto final de su evolución ideológica". ¿Puede probarse que la democracia occidental es la única forma de vida democrática?, ¿la democracia occidental, con su "victoria estrepitosa" y las diversas formas de opresión, explotación y colonialismo que encubre, representa el "punto final" en la evolución ideológica de la especie humana? Estas y otras preguntas me inducen a pensar que la idea del fin de la historia, con su alegato y exégesis, representa una suposición imaginaria y engañosa, sustentada en una visión del mundo que prevalece actualmente en las metrópolis hiperdesarrolladas.

II

AL margen de su formulación artificiosa, la idea del fin de la historia se refleja en una visión inconsistente de la vinculación que tienen las metrópolis con los países dependientes. Desde mi particular punto de vista, pienso que esa visión incide significativamente en los modelos diseñados para la modernización del Tercer Mundo. Aunque este proceso, en lo general, propicia políticas y prácticas derivadas del triunfalismo capitalista, en su fondo yace un estado de

ánimo asociado a la idea del fin de la historia. En ese ámbito subjetivo, se ha producido un cambio radical que afecta la percepción de las necesidades y perspectivas del desarrollo moderno.

En congruencia con ese cambio, connotados analistas de la sociedad postindustrial (Alain Touraine, Daniel Bell, Russell Lincoln Ackoff, entre otros) y futurólogos de la "tercera ola" (Alvin Toffler, John Naisbitt, etc.) orientan el uso de la prospectiva, o construcción histórica del futuro hacia un diseño más holgado del hiperdesarrollo metropolitano. A tono con esa orientación, estrategas y dirigentes políticos de los países avanzados amalgaman hechos históricos con "tesis" indemostrables y estimulan la expansión de una ideología de sobrevivencia sin alternativas, fundada en el acatamiento perentorio de los pueblos a formas absolutas de la economía, la política y la cultura del capitalismo corporativo.

Desde esa perspectiva, suponen que en los países hegemónicos "la historia en cuanto tal" ha terminado, que en ellos ha concluido una época de guerras, revoluciones e ideologías irreconciliables y que, en todas partes, han fenecido utopías y proyectos opuestos al *establishment* metropolitano. A partir de tal supuesto, difunden una suerte de pedagogía preparada para enseñar que la civilización occidental es la más noble y que es superior a cuantas se conocen actualmente; que en la historia universal todos los países tienen inapelablemente su lugar, unos en el progreso y otros en el atraso; que la marcha de esta historia obliga a separar ritmos tan diversos de progreso y que, por tanto, el fin de la historia es trofeo ganado por aquellos países que, por su nivel de desarrollo, pueden conjuntamente desacoplarse del acontecer mundial.

En el supuesto tránsito de la idea al mundo de los hechos, los usuarios de la idea del fin de la historia consideran que su modelo o construcción intelectual ya es una realidad. Con tal criterio, el diseño del mundo posthistórico, para ellos, no ha de consistir sólo en el esbozo de una comunidad de naciones y Estados sin problemas, satisfechos de haber terminado la historia, sino en la representación verosímil de una realidad deseada y conveniente para que el sistema capitalista metropolitano aparezca invulnerable, majestuoso e intangible, dotado de una nueva representación conceptual y pragmática que sólo el diseño de un contexto inusual y ucrónico puede proveer.

Según Fukuyama, en la geografía de la posthistoria tienen cabida sólo aquellas sociedades hiperdesarrolladas, sustentadas en el liberalismo económico y político, engarzadas en la desideologización de sus relaciones internacionales y articuladas por la cultura

consumista. Esas sociedades formarán una totalidad cerrada, serán “las provincias más avanzadas de la civilización humana” y darán sentido al “Estado universal homogéneo” en un área liberada de las luchas y padecimientos de otros hombres y de otros pueblos y regiones que, sometidos al rigor de la historia, seguirán siendo tributarios de esas provincias.

La demarcación del mundo posthistórico implica el desacoplamiento *in mente* de la historia, situación en la que los países centrales “han salido de la historia”, en tanto que los países periféricos siguen “empantanados” en ella. En ese mundo dividido por la nueva frontera, ciertos países como Estados Unidos “ya están en el otro lado de la historia”, exentos de responsabilidades y sanciones. El uso sui géneris de la idea del fin o desacoplamiento de la historia ha mostrado su eficacia en América Latina con las invasiones de Granada y Panamá, el bloqueo de Cuba y la desobediencia al fallo de la Corte Internacional de Justicia de La Haya, en el caso de Nicaragua. En el Oriente Medio, la guerra del Golfo Pérsico ha sido una advertencia clara para hacer saber al mundo que el acontecer histórico está determinado por las fuerzas metropolitanas que están más allá del bien y del mal y que actúan “desde el otro lado de la historia”.

¿Tiene algún sentido hablar del “fin de la historia en cuanto tal” (o lo que es lo mismo, del fin de la historia universal), si este final se circunscribe a los países metropolitanos? ¿Puede cierta parte del mundo “salir” de la historia, regresar a ella cuando guste y proseguir su historia y la historia de otros países con invasiones, bloqueos y saqueos, sin que tales hechos estén integrados en la historia de una dominación que no cesa? ¿No es esta historia ominosa la que se pretende ocultar con el diseño de su fin o extinción? Es aquí donde el ardid de los poderosos tiene el sentido de una simulación de las condiciones en que se desarrolla la historia real.

El asunto del desacoplamiento o terminación de la historia en cierta región de la tierra es más complejo de lo que se supone. Hasta hace unos años se habló con intolerancia exasperante de las contradicciones y agresiones mutuas de Oriente y Occidente. Ahora se escucha hasta el cansancio de las “diferencias” entre los países “del Norte” y países “del Sur”, o de “los siete más ricos del mundo” que concentran la riqueza, el poder, el desarrollo científico y tecnológico y los países “en vías de desarrollo”, conjunto que abarca tres cuartos del planeta y donde se esparcen la pobreza y el atraso. Hasta que no se superen o se borren las diferencias y dicotomías

gestadas en las desventuras del colonialismo y el atraso, el Norte y el Sur seguirán siendo Norte y Sur, seguirán siendo mundo hegemónico y área de la dependencia, bajo el peso de la globalización, la competitividad, la interdependencia, tres gonfalones del triunfalismo metropolitano.

Tal estado de cosas induce a prever que en el supuesto desacoplamiento de la historia, los antagonismos que conocemos seguirán vigentes. Estas realidades heredadas del pasado muestran palmaria-mente que la historia del hemisferio norte, por rico y poderoso que sea, incluye la historia condicionada del otro, o viceversa, la historia de los países del Sur, condicionada para que no se produzcan cambios radicales ni prosperen procesos ni proyectos alternativos, seguirá cautiva en las redes amarradas por los países centrales y seguirá potenciando el hiperdesarrollo posthistórico de las metrópolis.

Las falacias que contiene la idea finitista de la historia, adheridas al discurso de la posmodernidad, trascienden el quehacer de los ideólogos y se instalan en una retórica útil a los gobiernos metropolitanos. Desde su posición hegemónica, fungen como vicarios de la ciencia y la tecnología, ostentan un gobierno colegiado del mundo en organismos multilaterales, eluden la normatividad internacional y arbitran con desdén los recursos y proyectos de otros países. En esa esfera de pares, "los siete más ricos del planeta" piensan que, superadas las contradicciones "históricas" de antes, sus "diferencias" en la posthistoria podrán resolverse por las vías de la negociación, atendiendo el interés de preservar el saber, la riqueza y el poder, tríada de nuevos componentes hegemónicos que los une en la era postindustrial o posmoderna. A su vez, los países periféricos, vigilados desde el otro lado de la historia, son sólo sujetos pasivos de obligaciones y actores punibles de la historia, sometidos a la dura condena de vivir en la necesidad, sin otro recurso que alinearse con los técnicamente avanzados y aceptar modelos de modernización que, en el fondo, son los moldes que dan forma a las nuevas modalidades de sujeción en que estará anclada la globalización de la economía, la política y la cultura.

En estos tiempos de controversia sobre las opciones del futuro, no es aventurado referirse a una modernización que, inducida y condicionada por las metrópolis, altera las bases naturales y las tendencias históricas del desarrollo en los países dependientes. En tal situación se generaliza una crisis de paradigmas de formación en estos países, particularmente en lo que atañe al aprovechamiento de

sus recursos naturales, el proceso de industrialización, el ejercicio de su soberanía y la dirección de procesos endógenos. De manera complementaria, y como consecuencia del desenlace de la guerra fría, se ha desvanecido la distinción de "países no alineados". Hoy, todos los países que no reciben el galardón de avanzados, según los parámetros del sistema, están "alineados" como "países modernizables", categoría que agregada a su pasividad y punibilidad, les da la característica de ser objetos del diseño macroscópico del reacomodo hegemónico y la modernización.

Ante la imposibilidad de ocultar las asimetrías en que se sustenta el hiperdesarrollo de las metrópolis, surgen modelos de modernización revestidos de libre comercio, democracia, etc., y condicionados a intereses y requerimientos que no toman en cuenta genuinas aspiraciones nacionales. En el fondo de estas propuestas está vivo el propósito de adecuar viejos vínculos económicos, sociales, políticos y culturales al "cambio de poder", expresión retórica que se refiere a la dinámica de nuevas formas de dominación, basadas en la riqueza, el saber y la violencia (Toffler 1990). Con ello se pretende establecer nuevos ritmos de carencias y rezagos en los países "modernizables", con el fin de sujetarlos aún más con los grilletes de la dependencia. Al respecto, el *dossier* de la modernización es voluminoso. Abarca desde la veda y el anonadamiento de industrias nacionales, en nombre del comercio libre, hasta puniciones, guerras y bloqueos, en nombre de la paz, la democracia y los derechos humanos.

El arribo a esta situación, obviamente, no es un ritual de los funerales de la historia, sino el resultado de la misma historia en acción. El nuevo orden mundial, aún no sancionado en convenios oficiales pero establecido en los hechos, lejos de constituir un contexto normado por la equidad y el respeto a los derechos y deberes de los Estados, conforma un escenario de sobrevivencia para los países débiles, donde los fuertes imponen sus apetencias como si éstas fueran leyes de selección natural.

En un mundo afectado por la ideología del fin de la historia, los países centrales, coordinados en un esquema de acciones negociadas, endurecen su poder sobre los países "anclados en la historia". Este uso de la ideología les permite dividir el planeta en poderosos bloques geopolíticos; reorganizar el oligopolio del saber científico y tecnológico con ciertos países que regresan del socialismo al capitalismo; controlar los recursos financieros de los países dependientes y manipular su endeudamiento masivo; en fin, tales usos sirven para

satisfacer múltiples apetencias metropolitanas, pero también dejan ver que, quienes anuncian la terminación de la historia, reciclan su continuidad mediante una modernización apremiante que los beneficia aún más con el simulacro de su fin.

III

CON el riesgo de repetir trivialidades, es preciso aclarar dos conceptos. El fin de la historia significa su extinción, en tanto que la modernización implica un complejo proceso de interacción de culturas y sociedades diversas. Mediante este proceso los países se transforman e insertan con identidad propia en el curso de la historia mundial. Si tal es la índole de estos asuntos tan distintos, ¿cómo examinar su vinculación paradójica, en el marco de expectativas que ha despertado la modernización de América Latina? En el curso de este trabajo me he referido al fin de la historia como si su postulación fuera una idea, o un diseño, o una práctica. Me parece oportuno retomar estos aspectos.

La modernización de cualquier región del mundo es ajena a la formulación de una ucronía o construcción intelectual del fin de la historia. Los ritmos, características y modalidades de los procesos modernizadores han dependido y dependen de otros factores reales de cambio. A partir del mayor hecho histórico de integración geográfica del planeta, que es el descubrimiento de América, y desde el punto de vista del progreso, la historia mundial puede representarse como una vasta concatenación de modernizaciones simultáneas, interrumpidas o sucesivas, pero todas articuladas en la interacción y participación de diversas sociedades, economías y culturas. En dicha interacción, la participación de América Latina, primero colonial y luego dependiente, representa un conjunto de factores de primer orden para la modernidad de las metrópolis. Para preservar esa suerte de *status*, erigido en fuero permanente de dominación, se recurre actualmente a la idea del fin de la historia. Esta actitud deliberada no tiene el aval de una pretendida evidencia. Sus ideólogos han soslayado la realidad de un mundo que permanece como reservorio de innumerables historias sin término, incluyendo las metropolitanas. La trama de factores y condiciones que dan sentido a la historia del presente, obliga a continuarla por medios distintos de los del pasado, esta vez posmodernos, sin la necesidad de acudir a una construcción imaginaria, establecida en función de indicios engañosos.

La cuestión es diferente si se considera su postulación como un diseño. Es aquí donde recojo otra parte de este trabajo. Dije que la idea de poner límites a la historia es también un ardor de los poderosos. Si hay astucia en la elaboración de esta idea, en ese ardor está presente la disposición de simular las condiciones en que se desarrolla la historia real. En este empeño doloso nada impide que los países postindustriales diseñen un modelo global que conjunge la riqueza, el poder y el conocimiento científico y tecnológico, como componentes de una nueva frontera que los separa de los países atrasados. Así, el diseño representa la segregación de aquellos países cuya historia, por lo general colonial y cautiva de las metrópolis, no les ha permitido acumular ni estructurar dichos componentes. Esta segregación permite dividir a la humanidad en una inmensa mayoría de espectadores silenciosos de la posthistoria y en un puñado de actores que representan el simulacro. Para decirlo de otro modo, la división del mundo en países donde la historia habría llegado a su fin y en países donde ésta es todavía una lucha denodada e inconclusa por su independencia y desarrollo, no significa que esa separación sea una consecuencia objetiva de la evolución de los tiempos, sino el artificio razonado de quienes diseñan condiciones que no están presentes en la historia actual del mundo, sino en la urdimbre de sus intereses.

Una tercera mención se refiere a la instrumentación práctica de la idea del fin de la historia. En esa instrumentación se aplican reglas de juego, mecanismos y procedimientos del orden dicotómico que arrastra la historia mundial. Para muchos ideólogos y futurólogos, la presunción de que algunos países habrían salido de la historia tiene índole paradigmática; en su diseño se esboza el desacoplamiento de la historia mundial como un espectáculo de la posthistoria en el que se despliega un poderío inalcanzable pero fascinante para los países "históricos". Estos países no llegarán a tener ese poder pero sí "pueden" beneficiarse de él mediante convenios y acuerdos. Con la añagaza de la apertura económica y comercial se refuerzan el proteccionismo metropolitano y la absorción corporativa encubierta de globalización; la democracia real o sustantiva, entendida como género de vida, cede su esencia a la democracia procedimental, cuyo discurso encubre el autoritarismo neoliberal. En breve, con el uso deliberado de la idea finitista de la historia se busca un objetivo: que en la modernización de la sociedad, la economía y la cultura, sustancias medulares de la historia, nuestros países renuncien a modelos genuinos, para imponer moldes nuevos y readecuar conocidas relaciones de sujeción.

En estos tiempos de controversia sobre el futuro, la modernización de América Latina tiene un sentido ciertamente paradójico: ¿Hay alguna coherencia entre el apremio de "modernizarnos" para ser sólo testigos y quizás víctimas de un mundo o sistema que habría dejado de ser histórico? ¿Es la modernización un proceso acelerado de hacer historia o será parte de un juego diseñado para perpetuar el atraso mediante el desarrollo del subdesarrollo? ¿En ese tiempo sin historia, se repetirá la cautividad, o "colonialidad" posmoderna, de la historia de América Latina? ¿Nuestra región estaría obligada a ser más moderna, más histórica, para sobrevivir cuando "la historia en cuanto tal" ha llegado a su fin? A mi juicio, estas preguntas no surgen del estupor provocado por la idea del fin de la historia sino de la reflexión que motiva el imperativo de la sobrevivencia.

Asegurar una sobrevivencia que gire en los ejes de la globalización y la competitividad es tarea nueva para los países latinoamericanos. En ese empeño surgen expectativas y temores ensamblados en la práctica neoliberal del momento. Así, están presentes el deseo y la supuesta oportunidad de estimular el bienestar y el desarrollo moderno. Para ello hasta se piensa en la aplicación de modelos procedentes del oriente asiático donde algunos países, convertidos en "tigres" o "dragones" de la competitividad, fungen como ejemplos espectaculares del crecimiento económico. Obnubilados por su deseo, quienes piensan de tal manera soslayan el conjunto de circunstancias que favorecieron a ciertos países orientales y que, obviamente, son distintas de las que reservan para América Latina las lógicas de la posmodernidad y la posthistoria. En el lado de los temores, los hechos son indeseablemente claros. La globalización y la competitividad, con diferencias de grado, según los países afectados y hasta este momento, han dado por resultado la conversión de las ciudades latinoamericanas en verdaderas plazas de venta para la circulación irrestricta de productos ajenos, la quiebra de millares de negocios, el desmantelamiento de diversos sectores productivos, con las consiguientes secuelas de desocupación, expansión de la economía informal y desempleo, entre otras.

En la ensambladura de la idea del fin de la historia con la modernización, nuestros países corren el riesgo de repetir el papel que les asignaron el colonialismo de ayer y la dependencia de hoy. Su vinculación de más de 500 años con lo que ahora es el mundo postindustrial y posmoderno, obliga a buscar una modernidad que no la encontraron en siglos de atraso y pobreza. Si hasta el siglo xix

tuvimos una historia cautiva, colonial, sometida a imperios y Coronas remotas, en este siglo conocimos de cerca la férula del trato imperialista. En el presente puede preverse que en los modelos de modernización, venidos de los sedicentes países posthistóricos, se incuban nuevas situaciones de otredad, de ajenidad, a manera de una recolonización, con la particularidad de que la ejecución de esos modelos será tarea de las élites nativas que han asumido el compromiso de realizarlos.

Que los países de América Latina sean modernos a partir de hoy, o que comiencen a serlo en el próximo milenio, es un asunto que no modifica ni enmienda la paradoja del momento. Si el apremio modernizador recibe cierto aliento externo, ese soplo es de sólo ahora, sugestivamente, cuando los países avanzados inician *su* etapa posmoderna, *su* posthistoria, impregnados de una ideología que no admite otras alternativas de desarrollo para los países dependientes y periféricos. Si a ello se agregan las desigualdades y asimetrías heredadas del pasado y remozadas en el presente, el problema de fondo radica en el entronque de dos estadios históricos que, sin complementarse, siguen las reglas de la subordinación. En tal complejidad, la modernidad para América Latina representará por mucho tiempo un estadio histórico cualitativamente distinto del que representan la posmodernidad y la posthistoria para las sociedades de capitalismo avanzado, o sociedades postindustriales. Tal diferencia induce a suponer que el desarrollo científico y tecnológico, la economía de mercado, la cultura consumista, la democracia procedimental en lugar de la democracia real y otros objetivos de la modernización latinoamericana permanecerán en los límites que fijen los países posthistóricos, o los bloques geopolíticos formados por éstos. Esto quiere decir que la historia mundial sigue su curso, calando más la brecha que separa a los países avanzados de los subdesarrollados y haciendo que éstos, ya modernizados, no lleguen a ser verazmente competitivos con los países metropolitanos. Tal es el aspecto que cuenta para el porvenir de los países dependientes.

En los inicios de una nueva época, convencionalmente reconocida como "posmoderna", y por lo que significan la racionalidad y el sentido común, la modernización como tal no es impugnabile y mucho menos objeto de anatema. Habría que perder la cordura para aferrarse al atraso y a todas sus secuelas. Sin embargo, lo que sí puede impugnarse son los alcances limitados y condicionados que conlleva este proceso en los países dependientes. Habida cuenta de este hecho, es natural advertir sobre la paradoja que representa el uso de la idea del fin de la historia en la coyuntura de una

modernización engarzada en la continuidad de la historia mundial. Desde mi punto de vista, pienso que esa advertencia se suma a innumerables voces que claman porque nuestros países no estén a merced de un mundo supuestamente posthistórico, mito metropolitano de la irracionalidad con que se pretende la justificación de un futuro premeditado para preservar obsoletas formas de dominación.

BIBLIOGRAFÍA

- Axelos, Kostas, *Horizontes del mundo*, México, FCE, 1980.
- Baudrillard, Jean, *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós, 1987.
- Bell, Daniel, *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, Madrid, Alianza Universidad, 1989.
- Chomsky, Noam, "Con fachada democrática, el TLC se dirige al totalitarismo corporativo", *Proceso* (México), núm. 886 (octubre 1993).
- Debord, Guy, *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*, Barcelona, Anagrama, 1990.
- Fukuyama, Francis, "The End of History?", *National Interest*, núm. 16 (Summer 1989).
- Kojève, Alexandre, *Introduction à la lecture de Hegel*, París, Gallimard, 1947.
- Lefebvre, Henri, *La fin de l'histoire*, París, Éd. du Minuit, 1970.
- Liotard, Jean-François, *La condición posmoderna*, Madrid, Cátedra, 1987.
- Martner, Gonzalo, coord., *América Latina hacia el 2000*, Caracas, Nueva Sociedad, 1986.
- Miranda Pacheco, Mario, "El fin de la historia ¿descubrimiento o diseño de un futuro?", *OMNIA, Revista de la Coordinación General de Estudios de Posgrado* (México, UNAM), núm. 22 (marzo 1991).